



Joan-Pere Viladecans, fotografiado ante la obra A.C.V., del 2013

ANA JIMÉNEZ

TERESA SESÉ
 Barcelona

Con los años, Joan-Pere Viladecans (Barcelona, 1948) dice haber aprendido a leer los rastros que dejan las miradas de la gente en sus cuadros. Le gusta ese momento en que su obra abandona el espacio íntimo del estudio y, ya en la sala de exposiciones, puede jugar a adivinar las emociones que provoca. “Es un momento enriquecedor, en el que se establece al fin ese diálogo maravilloso que va del cerebro al corazón y luego a la mano del creador, y de ahí directamente al espectador”, señala en los Espais Volart de la Fundació Vila Casas rodeado de las obras que componen *Una mirada interior*. Una muestra en la que resigue los caminos paralelos entre arte y ciencia, y con la que celebra los cincuenta años de su primera exposición.

¿Qué recuerda de aquella primera aparición pública en el Cercle Artístic de Sant Lluc?

Fue un auténtico cataclismo. Una decepción. Yo tenía 17 años y no fue nadie a verla.

¿Nadie es nadie?

Nadie. Yo y un amigo con el que hacía guardia. Recordarlo ahora me

“Seguramente me dedico al arte porque no sé vivir”

Joan-Pere Viladecans, artista, expone en los Espais Volart

produce ternura. Mi abuelo se encargó de enmarcar los cuadros con unos listones que clavaba en el balcón. Imagínate. Yo quería ser pintor desde siempre y creía que aquello me convertiría en un pintor de verdad, pero me encontré con un fracaso horroroso. Pero en lugar de hundirme me provocó un no sé qué que me encerré en el estudio y me puse a trabajar ya de una manera furiosa, casi obsesiva. A leer, a escuchar música sin parar. Por suerte, al año y medio hice ya una exposición en la sala Gaspar que fue la que me permitió vivir de esto.

Vistas hoy, ¿se reconoce en aquellas obras de adolescente?

Para nada... ¡Había unas ideas tan extrañas! Me censuraron un cuadro que representaba una mujer pariendo un bebé que era ¡Hitler! Algo

rarísimo y espantoso... En cambio, de la siguiente exposición sí que hay cosas que podría firmar incluso. Soy tan pesimista con todo lo mío que, a medida que pasa el tiempo y siento que ya no me pertenece, empiezo a valorar de otra manera la obra, pierdo la autocrítica.

La exposición que presenta ahora se titula *Una mirada interior*. ¿Una mirada interior?, como si tras formular el enunciado se hubiera arrepentido.

Es un título un poco provocativo. La exposición está llena de interrogantes. La gran pregunta es cuál es nuestra auténtica mirada interior, y dónde radica ese mundo interior. ¿La mirada interior es mirar el alma o es mirar las vértebras, los claudros del tórax? Son obras en las que vengo trabajando desde el 2012 y es

la vez en la que trabajo de una forma más clara en el tema que siempre más me ha preocupado, que es establecer la relación entre arte y ciencia. Dos mundos que siguen caminos paralelos que nunca se tocan pero que tienen en común algo fundamental que es la permanente enemistad de la vida contra la muerte.

Todo parte de un cuento de Edgar Allan Poe.

Sí, la idea surgió como un fogonazo. Cuando ilustraba la obra completa de Poe descubrí *Un cuento de las montañas escabrosas*, donde describe la fisonomía de un personaje, singularmente alto y delgado, de frente amplia, dientes irregulares... al que 51 años después un pediatra francés dará nombre, el síndrome de Marfan, a una enfermedad rara que Poe, un creador, había intuido.

Y eso coincidió con la visita que hice a un eminente doctor que me dijo: ‘tú tienes un problema y es que sabes verte por dentro’. La unión de las dos cosas fue tan mágica que lo desencadenó todo.

Los cuadros contienen imágenes de radiografías, huesos, corazones, cerebros, también llaves y relojes que marcan el paso del tiempo... La vida, con toda su fragilidad, y por tanto la muerte.

¿Y dónde no está la muerte? Es la muerte lo que da sentido a la vida. No es una celebración triste ni una celebración trágica. Son obras en movimiento. Utilizo por primera vez técnicas nuevas como la estampación digital, materiales como la

MUNDOS PARALELOS

“El arte y la ciencia comparten la eterna enemistad de la vida contra la muerte”

radiografía o el óxido, que me ayuda a reflejar ese paso del tiempo, que para mí no es reflejo de una actitud dramática o pesimista, sino que tiene que ver con la metamorfosis, con el enriquecimiento.

Y si mira hacia su interior, ¿cómo percibe estos cincuenta años de creación?

Los veo como años de aprendizaje. El arte o la creación no me ha servido para huir sino para encontrarme a mí mismo junto con los demás.

No es poco.

En mi caso la creación no es algo complaciente ni alegre. Es una necesidad inevitable. Como si tuviera un virus que me impulsa a sacar cosas que llevo dentro. La satisfacción me dura diez minutos, y enseguida estoy pensando en otra obra o en otra serie de obras. El arte me ha ayudado a darme la razón delante del mundo. A aprender a vivir. Seguramente me he dedicado a este oficio porque no sé vivir.

¿Cómo imagina lo que viene?

Esa no es una buena pregunta para un supersticioso. No sé. A ver si de una vez por todas descubro algo que me satisfaga más de dos o tres meses. Persigo algo que nunca alcanzaré, pero eso es absolutamente positivo porque me hace andar. Nunca me he parado. Me siento un inútil fuera del estudio. Me interesa dotar a la pintura contemporánea de un pensamiento y una reflexión que creo que no le hace falta.

¿No le gusta lo que ve?

Siempre he sido un verso libre, alguien comprometido con lo contemporáneo. Pero creo que al arte actual le falta pensamiento, ahora mismo va por el camino del esteticismo, de una cierta frivolidad. ●